



«Porque todas las promesas de Dios han tenido su «sí» en Él. Por eso también por Él decimos «Amén» para gloria de Dios.» (2 Corintios 1,20)

Introducción: una cuestión antigua que sigue siendo decisiva

Pocas cuestiones han generado tantas reflexiones a lo largo de la historia del cristianismo como el significado de las promesas que Dios hizo al pueblo de Israel. ¿Siguen vigentes? ¿Se cumplieron? ¿Cómo entendieron los primeros cristianos las alianzas establecidas con Abraham, Moisés y David? ¿Qué relación existe entre Israel y la Iglesia?

Estas preguntas no son nuevas. Ya en el siglo I los apóstoles tuvieron que responderlas frente a judíos, paganos y herejías nacientes. Posteriormente, los Padres de la Iglesia dedicaron siglos a estudiar cuidadosamente las Escrituras para explicar que el Antiguo Testamento no había sido abolido, sino plenamente cumplido en Jesucristo.

Hoy, en un mundo donde abundan interpretaciones contradictorias —desde el dispensacionalismo moderno hasta teorísticas políticas que identifican automáticamente las promesas bíblicas con el moderno Estado de Israel— resulta imprescindible volver a las fuentes de la Tradición. Los Padres de la Iglesia constituyen un testimonio privilegiado porque vivieron muy cerca de la época apostólica y recibieron directamente la herencia doctrinal transmitida por quienes conocieron a los Apóstoles o fueron formados por sus discípulos.

Comprender cómo ellos interpretaron las promesas hechas a Israel no es únicamente una cuestión histórica. Tiene profundas consecuencias para nuestra comprensión de la Iglesia, de la salvación, de la liturgia, de la misión y de nuestra propia identidad como cristianos.

Las promesas hechas por Dios a Israel

Desde el comienzo de la historia de la salvación, Dios fue revelando progresivamente su plan mediante diversas alianzas.



La promesa a Abraham

Dios llama a Abraham y le promete tres grandes dones:

- una descendencia numerosa;
- una tierra;
- una bendición universal.

Dice el Señor:

«Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré... y por ti serán
bendecidas todas las familias de la tierra.» (Génesis 12,2-3)

Esta última promesa es la más importante. Desde el principio, el proyecto divino nunca fue exclusivamente nacional, sino universal.

San Pablo lo explica con extraordinaria claridad:

«La Escritura, previendo que Dios justificaría por la fe a los
gentiles, anunció de antemano a Abraham esta buena noticia: En ti
serán bendecidas todas las naciones.» (Gálatas 3,8)

Para los Padres de la Iglesia este texto resulta fundamental.

La alianza del Sinaí

Con Moisés, Dios entrega la Ley.

Israel recibe una misión especial:



«Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.» (Éxodo 19,6)

La elección de Israel nunca fue un privilegio egoísta.

Era una vocación de servicio.

Israel debía preparar la llegada del Mesías.

La promesa a David

Dios promete un reino eterno.

«Afirmaré para siempre el trono de su reino.» (2 Samuel 7,13)

Los Padres entendieron unánimemente que este reino no podía referirse únicamente a Salomón.

Su cumplimiento definitivo sólo podía darse en Jesucristo.

Como proclama el ángel Gabriel:

«El Señor Dios le dará el trono de David su padre, y su reino no tendrá fin.» (Lucas 1,32-33)



¿Cómo interpretaban estas promesas los Apóstoles?

Antes de acudir a los Padres conviene observar cómo las interpretaron los propios Apóstoles.

Ellos nunca enseñaron que las promesas fueran anuladas.

Tampoco afirmaron que permanecieran exclusivamente en el plano político o nacional.

Su enseñanza fue mucho más profunda:

todas las promesas encuentran en Cristo su cumplimiento perfecto.

San Pedro proclama:

«*Vosotros sois los hijos de los profetas y de la alianza que Dios hizo con vuestros padres.*» (Hechos 3,25)

Pero inmediatamente anuncia que Cristo es el cumplimiento esperado.

San Pablo llega aún más lejos:

«*No todos los descendientes de Israel son Israel.*» (Romanos 9,6)

Y añade:

«*Si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa.*» (Gálatas 3,29)

Estas afirmaciones serán la base de toda la interpretación patrística.



Los Padres Apostólicos: la Iglesia como el verdadero pueblo de Dios

Los primeros escritores cristianos recibieron la fe directamente del ambiente apostólico.

Entre ellos destacan:

- San Clemente Romano.
- San Ignacio de Antioquía.
- La Epístola de Bernabé.

En ninguno de ellos encontramos la idea de dos pueblos paralelos de Dios.

Todos presentan una única economía de salvación culminada en Cristo.

San Justino Mártir: el diálogo con Trifón

En el siglo II encontramos una de las obras más importantes sobre esta cuestión.

El «Diálogo con Trifón» constituye una extensa conversación entre un cristiano y un judío.

San Justino afirma con claridad:

La verdadera descendencia de Abraham son quienes creen en Cristo.

No niega la elección histórica de Israel.

Pero explica que aquella elección tenía como finalidad preparar al Mesías.

Una vez venido Cristo, la promesa alcanza su plenitud.

Escribe:



«Nosotros somos el verdadero Israel espiritual.»

Esta expresión no pretende despreciar al pueblo judío.

Al contrario.

Quiere afirmar que todas las promesas alcanzan finalmente a quienes viven unidos al Mesías.

San Ireneo de Lyon: la unidad del plan divino

Frente a los gnósticos, San Ireneo defendió apasionadamente la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Su gran idea es la «recapitulación».

Cristo recapitula toda la historia humana.

Todo converge hacia Él.

Adán.

Noé.

Abraham.

Moisés.

David.

Los profetas.

Todo encuentra sentido en Cristo.

Para San Ireneo las promesas nunca fueron fines en sí mismas.

Siempre señalaron hacia el Salvador.



Orígenes: el sentido espiritual de las promesas

Orígenes desarrolló ampliamente la interpretación espiritual de la Escritura.

No negaba el sentido histórico.

Pero afirmaba que éste apuntaba hacia una realidad superior.

La tierra prometida simboliza el Reino de Dios.

Jerusalén anuncia la Jerusalén celestial.

El templo prefigura el Cuerpo de Cristo y la Iglesia.

Las victorias militares anuncian el combate espiritual contra el pecado.

Esta lectura marcaría profundamente toda la exégesis posterior.

San Agustín: las dos ciudades

Ningún Padre influyó tanto en Occidente como San Agustín.

En «La Ciudad de Dios» desarrolla una idea fundamental.

Existen dos ciudades:

- la ciudad terrena;
- la Ciudad de Dios.

Israel según la carne prefiguraba a la Ciudad de Dios.

Pero la verdadera ciudadanía no depende de la sangre.

Depende de la gracia.



Como dice San Pablo:

«*Nuestra ciudadanía está en los cielos.*» (Filipenses 3,20)

Para San Agustín, la Iglesia no reemplaza arbitrariamente a Israel.

La Iglesia es el Israel llevado a su plenitud.

Es el mismo pueblo de Dios que alcanza su madurez en Cristo.

¿Qué significa que Cristo cumple las promesas?

Aquí encontramos el núcleo de toda la interpretación patrística.

Cumplir no significa destruir.

Jesús mismo afirma:

«*No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento.*» (Mateo 5,17)

El cumplimiento supone:

- perfección;
- plenitud;
- consumación;
- elevación.

Un ejemplo sencillo ayuda a comprenderlo.



Una semilla desaparece cuando nace el árbol.

Pero no porque haya sido destruida.

Ha alcanzado aquello para lo que existía.

Así entendían los Padres toda la historia de Israel.

La Iglesia como nuevo Israel

Esta expresión suele malinterpretarse.

Los Padres no enseñaban que Dios hubiera abandonado sus promesas.

Lo que enseñaban era algo mucho más profundo.

La Iglesia está formada por:

- judíos creyentes;
- gentiles creyentes.

Ambos forman un único pueblo.

San Pablo utiliza la imagen del olivo.

«Si algunas ramas fueron desgajadas y tú, siendo olivo silvestre,
fuiste injertado...» (Romanos 11,17)

No aparecen dos olivos.

Hay uno solo.

La raíz permanece.

Los gentiles son incorporados.



Cristo unifica.

No divide.

La importancia de Romanos 9-11

Los Padres dedicaron enorme atención a estos capítulos.

San Pablo expresa un inmenso dolor por la incredulidad de muchos judíos.

Pero también mantiene una esperanza.

| *«Y así todo Israel será salvado.» (Romanos 11,26)*

Los Padres interpretaron este pasaje de diversas maneras.

Muchos entendieron que, antes del fin de los tiempos, habría una conversión significativa del pueblo judío a Cristo. Esta expectativa aparece en autores como San Juan Crisóstomo y San Agustín, siempre en continuidad con la enseñanza paulina. No concebían esa salvación al margen de Cristo, sino precisamente mediante la fe en Él, pues «no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que debamos salvarnos» (cf. Hechos 4,12).

¿Por qué esta interpretación difiere de algunas corrientes modernas?

A partir del siglo XIX surgieron algunas interpretaciones que separan radicalmente el destino de Israel y el de la Iglesia, afirmando que existirían dos planes distintos de salvación o dos pueblos de Dios con promesas independientes.

Esta visión, conocida generalmente como dispensacionalismo, no pertenece a la exégesis



patrística ni a la tradición constante de la Iglesia. Los Padres, tanto de Oriente como de Occidente, contemplaban una única historia de la salvación que avanza desde la creación, pasa por las alianzas del Antiguo Testamento y alcanza su plenitud en Cristo y en su Iglesia.

Para ellos, la continuidad era mucho más importante que la separación. Dios no cambia de proyecto: lleva a término el mismo designio salvador anunciado desde antiguo.

La liturgia confirma esta lectura

La liturgia tradicional está llena de referencias al Antiguo Testamento.

No como recuerdos arqueológicos.

Sino como figuras cumplidas.

El sacrificio de Isaac.

El cordero pascual.

El paso del Mar Rojo.

El maná.

Todo apunta hacia:

- la Eucaristía;
- el Bautismo;
- la Cruz;
- la Iglesia.

La liturgia constituye, en cierto modo, la mejor escuela de interpretación patrística.

Los Padres aprendían la Escritura rezándola.

Y la Iglesia sigue haciéndolo hoy.



Enseñanzas para nuestra vida espiritual

Esta doctrina posee profundas consecuencias prácticas.

1. Dios siempre cumple sus promesas

A veces pensamos que Dios tarda.

Abraham esperó décadas.

Israel esperó siglos.

La humanidad esperó milenios.

Pero Dios nunca falla.

También nuestras esperas tienen sentido.

La fidelidad divina no depende de nuestros calendarios.

2. Toda la Biblia habla de Cristo

Los Padres enseñan a leer las Escrituras con una mirada unitaria.

El Antiguo Testamento deja de ser un libro difícil cuando descubrimos que cada página prepara el Evangelio.

Cada sacrificio anuncia el Calvario.

Cada alianza prepara la Nueva Alianza.

Cada profeta anuncia al Mesías.



3. Somos herederos de una historia inmensa

El cristiano no comienza su historia en el Nuevo Testamento.

Nuestra familia espiritual empieza con Abel, continúa con Noé, Abraham, Moisés, David, los profetas y alcanza su plenitud en Cristo. Como miembros de la Iglesia participamos de esa misma historia de salvación y somos llamados a permanecer fieles a la alianza nueva y eterna sellada con la sangre del Señor.

4. La esperanza supera toda apariencia

Muchas promesas parecían imposibles.

Sara era estéril.

Israel estuvo esclavo.

David era un pastor.

María era una joven desconocida.

Sin embargo, Dios llevó adelante su plan.

También hoy continúa actuando, aunque el mundo parezca alejarse de Él.

La historia sigue estando en sus manos.

Conclusión: volver a leer la Biblia con los ojos



de la Iglesia

Los Padres de la Iglesia nos enseñan que las promesas hechas a Israel no pertenecen únicamente al pasado ni constituyen un asunto reservado a los especialistas. Son el hilo de oro que recorre toda la Revelación y encuentra su plenitud en Jesucristo.

Cuando leemos el Antiguo Testamento a la luz de Cristo descubrimos que nada fue casual: la elección de Abraham, la Pascua, el desierto, el templo, la monarquía davídica y la predicación de los profetas eran etapas de un único designio de amor. En Cristo, Dios pronuncia el «sí» definitivo a todas sus promesas (cf. 2 Corintios 1,20), y en la Iglesia convoca a hombres y mujeres de toda lengua, pueblo y nación para formar un solo rebaño bajo un solo Pastor.

Esta lectura patrística sigue siendo profundamente actual. En una época de interpretaciones fragmentarias de la Escritura, los Padres nos invitan a recuperar una visión unitaria, contemplativa y profundamente cristocéntrica de la Biblia. Nos enseñan que la Revelación no es una sucesión de proyectos inconexos, sino una única historia de salvación cuyo centro es Jesucristo.

Por eso, cada vez que abrimos la Sagrada Escritura, no estamos leyendo simplemente un libro antiguo. Estamos entrando en la historia de nuestra propia familia espiritual. Las promesas hechas a Abraham, las esperanzas de los profetas y las figuras del Antiguo Testamento iluminan nuestra vida presente porque el mismo Dios que fue fiel a Israel sigue siendo fiel a su Iglesia y a cada uno de sus hijos.

Confiemos, pues, en esa fidelidad inquebrantable. El Dios que cumplió todas sus promesas en Cristo seguirá conduciendo a su pueblo hasta la Jerusalén celestial, donde la alianza alcanzará su consumación definitiva y veremos cara a cara al Señor que prometió: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28,20).